

sabio, para eso nací. — ¿Cómo fué el golpe? preguntó; cada cual supuso lo que le parecía, hubo sus opiniones y conviniéron por fin en que había sido de cabeza. Para ejercer su facultad, me quitaron la chaqueta y me plantó una sangría en el brazo izquierdo, con tal chambonada que después de mil puyazos consiguió picarme la vena, disculpando su torpeza con que mi gravedad no permitía la regular circulación de la sangre, recetó una pócima y bálsamos que fué otro mozo á traer al pueblo; esperó el efecto de la sangría, con intención de emparejárnela si no daba yo esperanzas, y se salieron para afuera porque ya era hora de comer; así que nos dejaron solos, Clarita se me acercó y con voz doliente me dijo: He tenido un gran tormento, Pepe, ya no te hagas mortecino: ni de chanza quiero verte en ese estado, ¿qué de veras te has lastimado, mi vida? — No tengo nada, Clarita mía: desecha todo temor: Dios ha protegido mis planes. Señor padre, la cosa marcha, ya que está al tanto de todo y que me ofreció ayudarme vamos á darle gusto á esa maldecida vieja; á la nochecita, se va vd. al rancho, recoge sus cosas, el dinero que tiene tío Marcelino, el que dí á guardar á esta niña, todo lo carga en mis mulas, me dispone un caballo y me espera en el puente de S. José; porque esta noche á fuerza de fuerzas, carga este Diabolo con esta loca en cuerpo y alma. — ¿Pues qué, piensas hacer un rapto, José? me preguntó sorprendido. — No encuentro otra salida, señor, si no aprovechamos esta ocasión en que me dejan solo con ella y se empeñan en que me la lleve, creo que para después ha de ser dificultoso. — Pues, hijo, te hablaré con franqueza, jamás consentiré, ni menos podré ayudar á que hagas semejante cavalerada, que redundaría en perjuicio de todos y motivaría nuestra deshonra: no me meto en contrariar tu voluntad, ya veo que se quieren; que te has empeñado en sacarla del infeliz estado en que se encuentra: con mucho gusto le daré el título de hija, pero repruebo el modo de hacerlo; para quitarte el lazo de que hoy te dejaran hasta sin camisa, véte aliviando por grados, que ya mañana Dios dirá lo que convenga hacer. ¿Qué dices, Clarita? ¿cuál es tu parecer? le pregunté. — Yo estaría por otra cosa, me respondió, fingete más aliviado, y que ya puedas hablar, te llaman al Sr. cura para que te confieses, le

comunicas todo bajo el sigilo de confesión, él fué muy amigo de mi padre, es bueno, y seguro está que publique nada; si se ofrece, dile que hace mucho tiempo que nos queremos, que... cuanto tú creas necesario para pintarle la cosa muy comprometida, desengáñalo de todo, para que mi locura no sea inconveniente, que me lleve depositada al curato mientras que todo se allana, porque la verdad, yo también estoy resuelta, contando con vds., á no depender de mis verdugos. — Pues déjenme á mí solo este asunto, véte á comer, y tráeme algo porque la verdad tengo hambre. Ya me ocurrió una veteranada y buena, dentro de poco la realizaré felizmente. — Ya te advertí mi modo de pensar, dijo mi padre, no vayas á cometer alguna torpeza que pare en perjuicio de nosotros y principalmente en detrimento de la causa. — No tengan cuidado, ya está meditado.

Se fué Clarita á la cocina y en un descuido se trajo un buen trozo de asado, pan y una botella de vino, con lo que los tres echamos un pienso regular. Cosa de las cinco y media de la tarde entró el amo con el médico quien me preguntó, dándome de gritos, cómo me sentía, así que me dió dos, le respondí con mucha debilidad: Ma... a... lo — ¿Qué le duele? me dijo otro que venía con él. Yo con bastante dificultad me señalaba el pecho, y le dije: A... a... a... aquí... un... pa... a... dre. Que pide un padre, replicó el médico, sí, un padre, llame vd. al Sr. cura. A poco volvió con él, el médico al ver que empezaba á hablar exclamó: Ya comenzó la sangría á hacer su efecto, el pulso está mejor; sino que ahora ya subió un tanto la calentura, se queja del pecho y no hay duda sino que tiene el mal interior; que tome su pócima, y no pierda vd. tiempo, Sr. cura que se confiese cuanto antes. Me dieron la pócima y manifesté mucha dificultad para pasarla, el médico meneaba la cabeza para uno y otro lado diciéndoles á los concurrentes: Malo, muy malo, este es un síntoma que no me gusta nada; está interesado el cerebro, y camina á grandes pasos: esto de los golpes es muy expuesto y de un momento á otro desaparecen las gentes, vámonos retirando y que ejerza el Sr. cura su ministerio. Todos salieron, siguió el Sr. cura haciéndome tomar más pócima, y en la pieza siguiente se representaba otra escena, D^a Rufina fué muy quejosa diciéndole á su esposo: ¿Qué dices

qué impertinencia de estas gentes? El cura no hace mucho, nos despidió mandándonos á rezar, y ahora Chole no quiere que se baile porque está ese hombre enfermo; al cabo no es nada nuestro para que todas le estemos haciendo el duelo, y como está tan inmediata la sala cree que lo perjudiquen nuestros bríncos. Nunca me han de faltar disgustos y tener que sufrir impertinencias de gentes extrañas: ¿qué porque algún necio se avería, han de estar los músicos ganando el dinero de balde y las muchachas se han de poner en oración á encomendarle el alma? esto me gano por tener buen corazón.

— No se apure vd., señorita, le respondió mi padre, no más espero que se confiese mi hijo y cargaré con él adonde no causemos tanto mal á personas tan caritativas como vd. Voy á prevenir un pepestle, una zaranda ó cualquier cosa en que ponerlo. Ya iba á salir, cuando lo detuvo el amo diciéndole: — ¿Adónde va? no sea bobo, ¿cómo se ha de llevar á su hijo en el estado en que está? — Pero, señor, ¿qué he de hacer? me lo llevaré como pueda adonde no turbe la alegría de la gente despiadada, sin brizna de juicio y mentecata. — ¡Ese es un insulto á mi esposa, tío Casimiro! — Es una contestación á sus necesidades, señor amo. En esto entró el administrador y dijo á la vieja: Está vd. haciendo falta en el baile, señorita; ya les improvisé un salón en el despacho. Y á vd., señor, lo esperan en la pieza de allí junto: está la mesa puesta, la baraja, luces y los trescientos pesos que me ordenó le tuviera listos. Se salieron, y llamando á D. Luciano le dijo: Vea cómo impide que ese viejo vanidoso cargue con su hijo, no se vaya á morir por el camino y se diga que tenemos la culpa porque lo desalojamos de aquí.

Entretanto esto aconteció, yo fui poco á poco volviendo al uso de la palabra sin dejar de quejarme á cada instante. Comenzó el Sr. cura á consolarme con palabras dulces, á que me entrara la conformidad y comencé mi confesión ayudado por él, diciéndole que mi amor hacia Clarita era viejo, que estábamos en mutua correspondencia, pero que circunstancias muy apremiantes y comprometidas nos habían obligado á mí á disimular mi pasión manteniendo vivo el fuego de mi amor, y á ella á estarse fingiendo loca porque su existencia iba de por

medio; por último le dije, que mi padecer en aquel momento no tenía límites, que me sentía muy grave, y que mi principal aflicción era morirme dejando á esa niña burlada, que si conseguía cubrir su honor y hacerla mi esposa, tranquilo esperaría la muerte.

— Pero ¿qué no está falta de juicio esa criatura? — No, señor, llámela vd.; haga las pruebas que guste; por su propia conservación por las circunstancias agravantes que hay en otro asunto de mucho compromiso para la infeliz, ha tenido la necesidad de fingir tan miserable papel, y yo que sufrir semejante ultraje á mi querida, á la que sin duda será la madre de mis hijos; ahora que me miro bastante grave, por el amor de Dios le pido que nos dé las manos; que ella sea mi esposa, y que el fruto de nuestro amor lleve mi nombre... Y me quedé como alestargado, se asomó el cura, llamó á Clarita, le hizo variadas preguntas, confirmó mis palabras de que teníamos relación amorosa, y no contento con su opinión que nos empezó á ser favorable, le hizo señal al juez de letras que andaba refrescándose en el corredor, le consultó amistosamente el asunto; entre los dos multiplicaron sus preguntas, y opinó el juez también por la verdad, para más satisfacerse se fué á traer al médico quien también hizo sus observaciones y ratificó la opinión, declarando todos que estaba en su entero y cabal juicio. — ¿Cuántos años tiene vd., niña? preguntó el juez. — Señor, le contestó ella, nací el año de ochocientos y tantos: cuando murió mi padre quedé de seis años, el año de... y ayer á las dos de la madrugada he cumplido veintitrés años.

— Es cierto, replicó el juez, ya es mayor de edad, Sr. cura, y puede disponer de su persona sin necesidad de la voluntad del tutor. — Y vd., señorita, ¿tiene voluntad de casarse con este hombre que mira aquí moribundo? — Sí, Sr. cura, ese ha sido mi ánimo desde que lo conocí. — Pues llámenme á Marcelino. Luego que éste se presentó, le pidió el manual, un Santo Cristo, estola y demás cosas que necesitaba, y con presencia de otros concurrentes extraños se procedió sin demora á darnos las manos con las formalidades de estilo más precisas en estos casos, pues yo por momentos podía agravarme según la opinión del facultativo que cada rato me pulsaba, sacaba el reloj y

encarecía la circunstancia. Cuando ya estábamos en media ceremonia, entró una de las chiquillas de D^a Rufina, se quedó admirada, y conociendo de lo que se trataba arrancó á avisar; se le paró á la vieja enfrente al tiempo que iba á bailar y estirándole el túnico le dijo : Mamá, mamá, ya se están casando el Diablo y la Loca. No le hizo caso, sino que incómoda le dió un empellón para que no la molestara, diciendo : Mejor, mejor, que sea para bien del género humano tan linda pareja. La niña descolada se fué á decirselo al tata, que en la actualidad estaba con vapores, corriendo un albur bastante interesado, lo ganó y para quitársela de encima, le contestó : Ya lo sabía yo, hijita, véte, no mortifiques. Pero viendo que insistía, por tal de que se fuera le dió una peseta y dijo : Anda á darle esto á tío Marcelino, y dile que repique por tan clásica celebración.

La niña partió, dió la orden y la peseta á Marcelino, y éste lleno de júbilo se trepó con otros muchachos á la azótea de la capilla, y ya echaban abajo las tres campanitas que había.

Al repique salió D^a Rufina desahogada, el amo dejó la baraja y llegaron á la pieza de la loca; cuando el señor cura bendiciendo dijo : *Item passe*, Clarita llena de júbilo en presencia de todos exclamó : Pepe, querido esposo mío, recíbeme en tus brazos. Y se inclinó con entusiasmo abrazándose frenética uniendo su pálido semblante con el mío sucio aún y ensangrentado. — ¿Qué es esto? preguntó el amo sorprendido. — Nada, contestó el cura, la esposa que abraza á su esposo, véalo vd., eso es muy natural, nada tiene de extraordinario. — Pero eso no puede ser, señor cura, replicó D^a Rufina, esa mujer está loca, ese casamiento es nulo, ha sido vd. engañado. — No necesito, señora, de la opinión de vd., le contestó; yo sé lo que hago y es excusado su parecer. — Pero esa mujer no es libre, replicó el amo, yo soy su curador, nada puede hacer sin mi voluntad. — Qué pronto olvida vd., caballero, dijo el juez de letras, que ayer ha cumplido esa señorita veintitrés años, que ya no está bajo la patria potestad de su tutor, si antes no ha habido algún motivo justo con que prorrogarle á vd. el cargo jurídicamente. — Sin embargo, señor juez, ese casamiento no es válido, esa mujer está falta de juicio, es una insensata; yo no puedo consentir el que no se cuente conmigo, yo la sacaré

de las garras de ese infame. Y trató de tomar á Clarita de un brazo, ella se excusó y arrimándose junto á mi cama le dijo : — No hay poder humano que me quite del lado de mi marido : ya no soy aquella infeliz hijastra que ha tratado vd. con la punta del pie, me es muy sensible, señor, tener que decirle á la persona que le he dado algún día el título de padre, que es un infame, que ha abusado de su poder y de mi incapacidad, que hastiada de la mala vida que he sufrido, he encontrado por fin mi único consuelo en los brazos de un amante esposo; déjenos en paz y les perdonaré cuanto mal me han causado. — ¿Pero, qué tienes tú que perdonarnos, indina, mosca muerta? gritó D^a Rufina, ya conozco tus alimañas, eso del clavelito, tu fungimiento por hacerte insensata, ¡y yo tan bestia que á fuerza te obligué á que te agarraras de su brazo! ya caigo en la cuenta por qué hizo aquella distinción hablando del amante con tanto fuego, continuando en un sermón para la mujer casada, eso primero lo decía por tí, y yo, miserable, ¡les ayudaba! yo misma lo mandé poner aquí y te obligué á que te quedaras, eso es infame, inicuo, yo no puedo sufrir más, ¿así correspondes á mi cariño? malagradecida, canalla, después que te he servido de madre. — Cállate, Rufina, le contestó Clarita, no mientes esa palabra, no me recuerdes cosas que trastornan mi razón al pensar en ellas, déjame con mi esposo y calla, calla por amor de Dios, por tu bien. — ¿Qué bien, ni qué ojo de hacha? di lo que me sepas, ingrata. — Sí, sí, prosiguió el padrastro, no necesitamos de tu perdón, no mendigamos tu gracia, esas palabras dan en qué entender, esos dichos te han de costar caro, yo pleitearé, haré nulo tu casamiento; y no conseguirás vivir un instante con ese pillo que te ha seducido, que ha abusado de tu candor! ¡es un vil! ¡un ladrón! en suma, un ¡contrabandista!

— Señor amo, modere sus palabras, dijo mi padre, no quiera rasar á todos con un raseró, ya llevó ayer un desengaño, no sea tan fácil en hablar de los hombres : yo soy su padre y no permitiré que porque lo mira tirado en esa cama, lo esté insultando. — Eso es, prosiguió la vieja, defiéndalo vd.; yo puedo decir con experiencia que es un infame seductor, un... No la dejó Clarita acabar la frase, pues arrojándosele al cuello le

arrancó los hilos de perlas, diciendo : Y yo también tengo experiencia de quién eres, maldita, una ladrona que andas luciendo en tu asqueroso cuello estos hilos de mi madre : quítate, no nos provoques. Y á la vez que le quitó los hilos, le dió un empellón tan fuerte, que dió un testerazo contra una rinconera, que eso la defendió para caer patas arriba; el amo incómodo, sacó una navaja de muelle y quiso arremeter con ella. Mi padre se puso de intermedio y desenvainando su belduque que llevaba en la bota, le dijo con mucha socarra : — Contenga su lengua, señor amo, entre en razón, esta niña es mi hija, yo tengo sangre en el cuerpo, no aguanto muchas pulgas y aunque me mira viejo, no me tiembla la mano ni me falta corazón. Intervino el señor juez diciendo : ¿ Qué es esto, señores? D. Casimiro, retire su arma, no lo ciegue la cólera, advierta dónde está y quiénes estamos aquí presentes. — Es verdad, contestó mi padre, señores, perdónenme si acaso he faltado en su presencia, pero es muy natural salir á la defensa de mis hijos, yo no soy el que insulto ni me he propasado, sólo me he puesto á la defensa para evitar un atropello y como aquí el amo quiere remitir á los navajazos su justicia, era necesario advertirle que esa niña no está sola; que para un hierro hay otro hierro, les vuelvo á pedir mil perdones. Y quitándose su sombrero guardó su puñal en la bota.

— Y vd., caballero, dijo el juez al amo que aún conservaba empuñada su navaja, también advierta en lo que hace, está en presencia nada menos que de las tres autoridades, la eclesiástica, judicial y política, lo mismo que en la de sus amigos, su familia y niñas que no deben presenciar estas cosas : déme vd. esa arma que está muy mal en sus manos; si tiene derechos que deducir y cosas que alegar, para nulificar un acto tan solemne como ha sido el casamiento de su tutelada, no quiera con hechos escandalosos demostrarlos, para eso están los tribunales respectivos, entre en razón, porque de lo contrario, me veré en el caso de tomar alguna providencia seria para evitar fatales consecuencias.

— Tiene vd. razón, señor juez, aquí está la navaja, pero repito que estos infames no se han de quedar riendo, y pido que esa mujer que ha faltado á mi esposa, que ha atropellado

los miramientos y el respeto que le debe á la que le ha servido de madre, sea conducida á la cárcel, en presencia de vds. se le ha arrojado despojándola de las alhajas que á mí me han costado mi dinero, ese atrevimiento merece castigo, y pido justicia, señor juez, justicia contra la hija desnaturalizada, la tutelada rebelde, contra esa vil malagradecida, mi honor lo exige, mi deber lo demanda, el ultraje á mi esposa no se ha de quedar impune, ha provocado mi cólera, que sufra el condigno castigo.

Clarita en este momento se paseaba, se retorcia los brazos, quería llorar, gritar y hacía tan extraordinarias demostraciones que puso en cuidado á los circunstantes, principalmente al cura, al juez y facultativo, que sorprendidos la miraban, hasta el extremo que dijo el cura al juez al oído : — Hemos hecho un pan como unas migas, creo que esa eriatura está falta de juicio, véala vd. bien.

El amo que no dejó de advertir aquello siguió á la carga, pero interrumpiéndole sus improprios exclamó, como cansada de haber sostenido una fuerte lucha : — ¡ Basta ya de sufrimiento! también mi honor lo exige, mi deber lo demanda, vds. me precipitan, ¿ quieren justicia, y que no queden impunes los delitos? pues bien : ¡ que caiga su peso sobre los infames! Se descolgó una bolsita de seda que llevaba pendiente del cuello, y con pasó firme, voz clara y distinta dijo : — Señor juez, rompa vd. ese trapo, impóngase de lo que deposita, yo pido justicia, y ejerciendo su probidad y rectitud obre como su deber lo exige. — El juez descosió con el cortaplumas la bolsita, se fué para la rinconera dándoles la espalda á todos, desdobló con cuidado un papel amarillento con una mancha roja en la parte del sobre, otro que contenía cuatro papeletos con cierta cantidad de polvos blancos cada uno; en el primero, á pesar del miserable estado de roído, se percibía distintamente el relato siguiente : « Querida Rufina : te mando ocho papeletos del veneno que te dije : dale á tu ama uno en la bebida de la botica y si ves que no surte su efecto, dobla la parada, procurando que sea de noche para que no llame la atención de los demás asistentes, el sobrante quémalo para que no quede ningún indicio y en caso de sospechas que recaigan sobre el boticario, luego que muera esa mujer, mándame avisar con

este mismo criado; ten mucha prudencia porque de ello resultará nuestra felicidad, etc.» Y seguía el nombre y firma; más abajo, y con letra y tinta diversa, decía: « El día 22 del mismo año y mes murió mi madre doña fulana de tal, envenenada por su criada Rufina que la hizo tomar cuatro papelitos iguales á los adjuntos, y pongo esta razón para que si se me extravía ésta, me la devuelvan ó la pongan en manos de la justicia. Clara de... » Desdobló otra carta en peor estado, llamó á uno de los concurrentes, le habló al oído y se salió á cumplir su orden; entonces el juez leyó también para sí lo siguiente:

« Veintidós de... de 18... Ya sé que á esa mujer se le arrancó á las dos de la mañana, mándame luego á D. Julián que fué alcalde el año pasado, para que firme el testamento falso que tengo hecho, y hasta que yo te avise no haces público el fallecimiento de tu ama que fué; porque no puedo sufrir á esta maldecida de Clara, te la mando, procura que sepa su orfandad poco á poco para que no arme escándalo; trátala con mucho cariño, pues como única dueña y heredera, nos conviene por ahora su conservación mientras aseguramos los intereses, que después no faltará modo para quitárnosla de en medio; quema todos los papeles, friega bien los trastes, no vaya á ser que un descuido nos cueste caro: yo iré á la noche después de la raya, etc. » La firma, letra, tinta y papel igual á la anterior; guardó el juez con cuidado todo aquello dejando descubierta la firma, y al voltearse para los concurrentes, le dijo á Clarita: — Tranquílcese vd., señorita, nunca es tarde para la justicia, no hay deuda que no se pague, aquí anda el dedo de Dios. El amo al escuchar aquello se puso pálido, luego negro y apretando los puños decía: — ¿Qué superchería es esa, señor juez? ¿qué nueva trama ha fraguado esa loca maldecida?

— Serénele vd., señor mío, y mientras lo informo dígame: ¿conoce vd. esta firma? — Sí, señor; pero esa firma puede ser de las muchas que hace tiempo me falsificaron y por cuya razón tuve que cambiarla. — ¿Y la letra? — La letra también es mía y no la excuso. — No seas guaje, dijo D^a Rufina, si la firma es falsa también debe de serlo la letra: yo desde ahora aseguro que esa es una picardía de esa hipócrita; ella que tenía empeño en saber leer en carta y escribir, la ha de haber fra-

gado para robarte alguna cosa, es capaz de todo y... No la dejó continuar la presencia de un nuevo personaje, el alcaide de la cárcel que quitándose el sombrero, se dirigió al juez diciendo: Vd. mande. — ¿Vino esa gente? — Sí, señor. — Que entren. Y se fueron presentando seis hombres con sus fusiles. — Asegure vd., le ordenó el juez al alcaide, á este hombre y á esa mujer, póngamelos en calabozos separados y que no se comuniquen con nadie hasta nueva orden. Y se guardó en la cartera los documentos. — ¿Al amo y su esposa? preguntó sorprendido el ejecutor. — Sí, señor, á los mismos. Y Clarita dejándose caer en la cama para no ver aquella escena, exclamó: ¡A los asesinos de mi madre! ¡infelices! yo les perdono de todo corazón; querían justicia, pues que ella obre como crea de su deber. El amo pronto sucumbió al peso de su remordimiento y se dejó asegurar saliendo para afuera; pero la vieja se puso hecha una leona, rabiosa arremetía contra aquellos pobres indios que, por verla de túnico y peineta le tenían miramiento, no consintiendo que se le acercaran, dando arañes y patadas, nada escuchaba, pues con sus ojos verdosos, centellantes, sus hermosos dientes y la prevención de sus uñas, parecía un gato encogado; blasfemaba llenando á todos de picardías, y estaba retratable en aquel instante representando á las furias de Satanás, toda desgreñada, echando espuma de rabia; por último, mirando el alcaide que no se dejaba agarrar, que á todos arañó y pateó, se le acercó de repente y tomándole un brazo se lo retorció tan fuerte y violentamente que la hizo rendirse dando de aullidos; fué necesario en peso sacarla de allí y en un carretón asegurarla, porque se encaprichó en no pararse, seguir pateando y mordiendo, haciéndose como culebra, maldiciendo á todo el mundo. Las hijas aumentaban la grita con sus lamentos, los convidados unos se enternecían, otros hacían mil comentarios, y mirando aquel trágico fin cada cual se fué despidiendo. A las siete de la noche estaba aquello que se ardía; los amos colocados en el carretón caminaron custodiados. Su familia y sus sirvientes lloraban tras ellos; los músicos se largaron por su lado y por contraste de tan extraordinaria escena, tío Marcelino subido en la azotea con sus ayudantes repica y repica, pues ninguno les había dado contraorden, queriendo

devengar bien los dos reales de gratificación. A D. Luciano le encargó Clarita que fuera á ver dónde colocaban á los presos, y les proporcionara todo cuanto fuera posible para su comodidad, y que á las niñas las dejara en la casa de una tía, hermana de su padrastro.

El médico me dejó un método y ofreció volver temprano; el cura cerró con el notario su información matrimonial. El juez con sus documentos en la bolsa en unión de otros vecinos se despidieron; el Huero y su compañero se aprovecharon de la confusión, y por tener una memoria de su digno amigo, cargaron con el Gavilán ensillado y enfrenado y otras chácharas de D. Luciano que tenía en la alacena, adonde suponían estar guardado mi dinero; en resumen, á las ocho de la noche no había en toda la habitación principal de la hacienda, más que mi padre, mi esposa y yo; me paré, me lavé la cara y tratamos de cenar pues no dejábamos de tener alguna necesidad. Nos dirigimos para la cocina, era aquello un campo de batalla; todo el brasero inundado de mole, cazuelas quebradas por todas partes, trastes rotos pues los perros y gatos aprovechando la confusión de las cocineras, entraron furiosos á saco con cuanto pudieron, de allí no logramos sacar nada útil, y de la despensa fué donde amenizamos nuestra merienda con carnes frías, sardinas, y otras cosas por el estilo, pues por no dejar, no había en la cocina ni lumbre; nos sentamos con la mayor tranquilidad sin querer recordar á Clarita nada de lo acontecido porque le causaba tristeza. Y ahí me tienes, hermano, en un tumbo de dados con cuanto podía apetecer: dos talegas de pesos, mi padre á la derecha, mi esposa á la izquierda, y aquella hacienda y otras dos fincas en Querétaro de pilón, sabiéndome aquellos bocados deliciosos, y aquel vino á néctar del Paraíso. Cuando acabamos de cenar, á invitación de mi padre nos fuimos á la capilla, y no te puedes figurar lo mucho que me impresioné al ver á Clarita dar las gracias á la Santísima Virgen de la Luz que era la patrona, con unas palabras tan dulces y un fervor, que me enternecieron, y lloraba como una criatura de puro regocijo; por último convenimos en que hasta que no rectificáramos en el altar nuestro enlace y se hicieran las demás fórmulas, nos trataríamos como tiernos

hermanos; nos puso nuestras camas en la sala y ella se metió á dormir á las piezas interiores. Cuando estuvimos solos me dijo mi padre: ¿Qué te parece, José, cómo te decía yo bien que no fueras á hacer una calaverada, y que Dios dispondría todo? desde que ayer escuchaste nuestras ausencias, su Divina Majestad no permitió que hubieras puesto en obra tu primer impulso de vengar nuestro honor ultrajado. ¿Qué fuera de nosotros, ó al menos de ti si te metes al despacho, le reconviene á ese hombre y le pegas? hoy estuvieras en la cárcel que él está ocupando.

En todo lo acontecido en estos dos días, ha obrado el dedo de Dios, como dijo el Sr. juez; solo él pudo haberte sugerido aquel extraño modo de vengarte á lo decente, y digo extraño, porque conozco tu genio quisquilloso y tu resolución atrevida, si no hubiera sido por esa juiciosa determinación, esa pobre niña sigue en su vida de tormentos: tal vez con ella muere su secreto, ¿quién había de creer á una insensata? y los delincuentes, los infames asesinos de su madre, no hubieran expiado aquí tan horroroso crimen. Conoce al mundo, José, no te fíes de las apariencias, caras vemos y corazones no sabemos; tan pronto como se les perdió el respeto á los tales amos, todos los juzgaron unos miserables criminales: cayó la corteza, apareció la lepra, y lo más que obtuvieron de todos los concurrentes fué una expresión de lástima, no sirviéndole á esa pobre mujer ni su traje de seda, ni sus muchos adornos con que como el escorpión encubría su ponzoña para que no la llevaran amarrada, y ambos están á estas horas llenos de remordimientos comenzando á pagar sus crímenes, ésos son los verdaderos hipócritas. ¿Qué dices del que no podía tratar á los contrabandistas, y los deseaba ver colgados? ¿de la que tenía un corazón tan sensible y era tan impresionable y delicada? Ya lo has visto, en un carro fueron bien acomodados, y quién sabe cómo les vaya al freir de las peras. Me complace más ver á esa pobre niña libre de esos demonios que la martirizaban, que cuanta conveniencia é interés encierra este negocio; si es posible, renuncia de ellos, y haz feliz á esa criatura, con lo que tú adquieras por tu trabajo y yo que te ayudaré en cuanto mi vejez me lo permita, nos bastará.

— ¡Gracias! señor, ¡gracias! le contesté, ya veremos cómo se van disponiendo las cosas, y por lo pronto quiero que mañana mismo entregue vd. á D. Luciano las estancias, pues teniendo yo posibilidad, no permito que siga haciendo más el triste papel de dependiente, ni menos en esta hacienda. — Pero, José, yo no quiero serte gravoso ni estar de ocioso. — No, señor, no hay necesidad de que vd. trabaje; siempre ha estado vd. empeñado en darme gusto, y hoy quiero que no dependa de ninguno, que se dedique á ser fiel custodio de su hija; ya tiene esta obligación que á nadie le puedo encomendar. — Pues si así lo dispones, que sea en buen hora, le entregaré temprano á D. Luciano las estancias y mudaré tus mulas y demás trastes para el rancho de mi compadre Serapio. — Corriente, y con su bendición, señor padre, voy á dormir, y vd. haga otro tanto. Le besé la mano y apagué la vela.

CAPÍTULO X

El nombramiento. — La declaración. — Justicia divina. — Hipertrófia. — Triste desengaño. — Protesta de amistad.

Al otro día temprano me instalé en la cama de Clarita después de desayunarme bien, de modo que cuando el facultativo vino me halló en el mismo sitio muy aliviado; me prohibió que me levantara, me dejó recetadas una friega y una bebida y ordenada una rigurosa dieta; ponderando su acierto y eficaz asistencia porque mi gravedad fué extrema, y me sacó con su ciencia de las garras de la muerte cuando ya tocaba los bordes del sepulcro. Acallé su charlatanismo con darle una onza, le ofrecí mandarle noticia por escrito del estado de mi salud para que no fuera necesaria otra visita. — Ya por ahora, amigo mío, continuó, cumplí como facultativo; ahora como encargado, pongo en sus manos estas comunicaciones del Sr. juez de Letras, que habiéndome llamado á su juzgado para reconocer unos polvitos que obran en la causa del asunto de anoche, los cuales son de verdadero arsénico según lo he jurado; me dió este encargo pidiéndome de palabra que, vienes abiertas porque soy persona de confianza, que interponga vd. su influjo para con su señor padre á fin de que no se excuse del encargo que judicialmente se le confiere, ayudándole á formar unos exactos inventarios de cuanto se conoce perteneciente á la testamentaria del finado D... padre de la señorita esposa de vd. y que mañana ó pasado pasará por aquí á tomarle declaración. Conque ya también cumplí con esa encomienda, y me resta sólo ofrecerme á las órdenes de vds., etc., y se despidió.

Abrió las comunicaciones, una era para mi padre, nombrándolo depositario de la hacienda y demás bienes de la testamentaria, previniéndole que se procediera desde luego á formar un